

PRENSA ESPAÑOLA EN LOS EE. UU.

Por JUAN LOSADA

La prensa española o redactada en español que se publica en los Estados Unidos marca un índice revelador de la importancia que tiene nuestra lengua en el país. Cincuenta publicaciones, con una tirada de 700.000 ejemplares, aparecen diaria, semanal o mensualmente en castellano. En casi todos los Estados de la Unión se publica algún periódico, muy humilde, pero con mucho nervio, que airea en pleno dominio anglosajón la lengua cervantina que les dejaron sus primeros pobladores. Es auténticamente enternecedor comprobar que en una pequeña aldea perdida en el inmenso Sur estadounidense, en Nuevo Méjico, se edita un periódico como *La Opinión de Río Arriba*, de Tierra Amarilla, que lanza al mundo diariamente 250 ejemplares. Es maravilloso saber que allí donde queda un vestigio de lo español, un diminuto órgano periodístico anima el rescaldo hispánico y conserva para los bisnietos de los conquistadores la esencia del idioma que ellos llevaron a una tierra entonces ignota.

Actualmente la prensa española es la más poderosa de los Estados Unidos, exceptuando, claro está, la indígena. Hagamos una relación, a base de datos auténticos, entresacados de los anuarios periodísticos oficiales norteamericanos, y veremos en cuáles Estados lo español sobrevive con más poderío. Como es lógico, esas regiones son las que quedan por debajo de la línea San Francisco-Denver-Oklahoma-Atlanta, es decir, las tierras que fueron descubiertas y en parte colonizadas por los españoles. En Nueva York, en Chicago, en el Norte, también aparecen publicaciones en castellano, pero ello es debido a que en dichas populosas ciudades las colonias hispanoamericanas son bastante importantes. En Nueva York, metrópoli del mundo, viven cerca del millón de personas cuyo lenguaje es el nuestro, de las que más de la mitad proceden de Puerto Rico. En Nueva York se publican los diarios *La Prensa*, que dirige Julio Garzón, con una tirada de 25.000, y el *Diario de Nueva York*, de Arturo Lares, que desde hace un año en que fué fundado entabla una notable competencia con el primeramente citado, aunque bien es verdad que apenas se nota, porque de ocho páginas publican cuatro cada uno repletas de publicidad. Revistas aparecen: *Cine Mundial*, con 100.000; *Cinelandia*, con 40.000, y *Norte*, revista continental, que es una de las de mayor difusión de América, con 250.000 ejemplares, y que, igual que las otras dos, se vende preferentemente en Hispanoamérica. De 10.000 a 35.000 se publican las siguientes revistas: *América Clínica*, *América Industrial*, *El Automóvil Americano*, *El Crisol*, *El Farmacéutico*, *La Hacienda*, *El Hospital*, *Ingeniería Internacional*, *Textiles*, *El Indicador Industrial* y *El Indicador Mercantil*.

En Chicago ven la luz *El León*, con 20.000; *El Adelantado del Bienestar Cultural* y *La Voz de México*.

En Nuevo Méjico casi podríamos decir que cada pueblo tiene su órgano español. En Albuquerque sale *El Independiente*; en Española, una aldea de unos 1.000 habitantes, *News Española* y el diario *La Voz de Río Grande*; en Las Vegas, *San Miguel Star*; en Santa Fe, *El Nuevo Mexicano*, con 6.000, y la revista *El Palacio*; en Socorro, *El Defensor del Pueblo*, con 800; en Tierra Amarilla, *La Opinión de Río Arriba*, con 250, y en Taos, un artístico poblado indio con 900 personas de censo, *El Crepúsculo*, que no sabemos a quiénes venderá su edición semanal de 2.000 números.

En Texas se editan el diario *El Herald*, con 5.000, de la ciudad de Brownsviller; *El Progreso*, en Corpus Christi; *El Continental*, diario, con 12.000, y las revistas *Católica* y *Evangelica*, en El Paso; *El Times*, en Laredo; *La Prensa*, con una edición de 20.000, en San Antonio; *El Lucero*, en San Benito, y *Equipo Industrial*, en Houston. En Arizona sólo existe un periódico, el *Tucsonense*, de Tucson, con 2.500 números, y en Luisiana otro, *La Voz Latina*, de Nueva Orleáns. En Tampa, Florida, aparece *La Gaceta*, *La Prensa*, con 7.000, y la revista *Ibor City*. Y 1.000 números es la edición cotidiana de *Clarión*, de Walsinburg, en Colorado.

California es, con Nuevo Méjico, el Estado en el que más honda huella han dejado los españoles. Pueblos enteros que se hallan junto a las misiones fundadas por nuestros franciscanos siguen expresándose en el idioma materno que le legaron sus mayores y después sus sucesores, los mejicanos. Por eso no es de extrañar que la prensa española encuentre en California un acogedor ambiente. En Los Angeles, la bellísima ciudad fundada por fray Junípero Serra, tiene su redacción un periódico excelente, que capitanea Alfredo González; se titula *La Opinión* y llega casi a los 20.000, con varias ediciones diarias. *El Herald* es, en efecto, el heraldo de la imprenta hispanomejicana en California, puesto que es el órgano de la gran colonia del país hermano. También se publica la revista *La Esperanza* y *Petróleo Mundial*. En Calexico, pueblo pequeño, pero con un rotativo muy grande, por lo menos por lo que se refiere al nombre, pues allí se hace *La Voz del Mundo*.

Y ésta es la relación completa de cuantas publicaciones se editan en lengua española en los Estados Unidos. Insistimos en que es digno de hacerse resaltar el tesón y la audacia que tienen que desplegar en un ambiente adverso unos cuantos hombres de sangre ibérica para sacar periódicos de tan corto tiraje y tan largo aliento.



ESTOS LIBROS HEMOS LEÍDO

DOS ESPAÑOLES

La publicación de sendos libros que atañen a dos españoles ilustres uno sus nombres y reclama su evocación. Don Eduardo de Hinojosa y don Angel Amor Ruibal son poco conocidos, no sólo en la América hispana, sino en España misma. El primero fué un investigador de la Historia, un historiador; el segundo, un filósofo y un teólogo. Ninguno de los dos tiene la celebridad a que sus obras respectivas les hace acreedores. Pero Hinojosa fué y es más famoso que Amor Ruibal, porque, aunque hombre denodadamente consagrado al estudio, ocupó cargos públicos y perteneció a varias Academias. Sin embargo, es notoria la desproporción que existe entre sus méritos y su fama. La fama, pregonera de tantas patrañas, generosa embustera, es a veces avara, increíblemente mezquina con hombres muy dignos de su caricia y sus halagos. Pues bien, esta mezquinidad, que alcanza a don Eduardo de Hinojosa, se hace sordidez extremada en el caso de don Angel Amor Ruibal.



Hinojosa era granadino. Nació en 1852 y murió en 1919. Su figura conmueve por el esfuerzo sobrehumano que realiza hasta alcanzar el perfil que hoy tiene ante nosotros. Fué, en gran parte, un autodidacto, y, sin embargo, introdujo en España el método histórico-jurídico y fundó la Escuela de historiadores del Derecho, hoy viva y lozana. La Historia del Derecho y la figura peculiar del historiador del Derecho, son en España creaciones de Hinojosa. Las luchas de su vida ejemplar están descritas por uno de sus mejores discípulos, joven maestro de la historiografía jurídica, en el prólogo puesto al primer volumen de las obras del fundador (1). Hay una emoción serena en estas páginas de don Alfonso García Gallo, que constituyen, por su pulcritud y riqueza de datos, un verdadero libro fundamental sobre la noble figura científica y humana de Eduardo de Hinojosa.

Amor Ruibal era gallego. Nació en 1869 y murió en 1930. Fué hombre de extensísimos saberes y su figura es además venerable por la humildad con que se consagró al trabajo intelectual y a los deberes todos de su vida sacerdotal, pasada en fecundo silencio en Santiago de Compostela. La efusiva biografía que acaba de dedicarle otro culto sacerdote gallego, don Avelino Gómez Ledo, contribuirá al conocimiento de una de las inteligencias españolas más fría e injustamente silenciadas (2). Con anterioridad al libro de Gómez Ledo, anecdótico y expositivo, apenas podía leerse otra cosa sobre Amor Ruibal que unas cálidas palabras del profesor Montero Díaz. Buena parte de las recientes Historias de la Filosofía omiten su nombre, a lo cual habrá contribuido, como a la actitud general con él observada, de un lado su enciclopedia—era canonista, filólogo, filósofo y teólogo consultado por la Santa Sede—y de otro su despreocupación formal—no



se olvide la fuerza del preciosismo—y también expositiva.

Los problemas fundamentales de la *Filosofía y del Dogma*, obra capital de Amor Ruibal, bastaría, sin embargo, para fijar la atención en este español que algún día, esperémoslo, será cumplidamente estudiado.—J. L. Vázquez Dodero.

EL PREMIO NADAL

Está visto que el género novelesco no desaparece, como se ha profetizado reiteradamente desde hace algunos lustros. Hoy tiene el mundo plétora de novelistas y en España se ha sumado a los supervivientes de otras generaciones un censo que aumenta cada año. José Suárez Carreño acaba de incorporarse a él con *Las últimas horas*, que ha obtenido en 1949 un popular y codiciado galardón literario español: el Premio Nadal (1).

Las últimas horas son las del Madrid de hoy entre gentes pudientes y gentes del hampa, aunque las primeras también puedan considerarse hampescas si se atiende a su jisonomía moral. El paisaje social está pintado de paso, de suerte que hay cuadros que reflejan uno y otro ambiente, tan parecidos por cierto en el fondo—aunque tan dispares en sus manifestaciones y fórmulas, en su tenor material y en su vitola—, que cuando el autor reúne, en el último tercio del libro, a la Pelos y a Manolo con Carmen y Angel Aguado, en el colmado de donde los dos últimos saldrán para la muerte, el lector percibe cierta homogeneidad espiritual que se impone por encima de las formas de vida en sus medios respectivos.



Pero Suárez Carreño no busca tanto retratar la sociedad en dos de sus estratos como ahondar en varias psicologías que describe con prolijidad concentrada. No es a lo largo de las vicisitudes de unas vidas donde el autor ejercita sus observaciones, sino en horas, en las últimas horas de algún día, ya que las imágenes que completan la historia de los personajes son fugaces comparadas con el análisis minucioso y no siempre interesante de sus momentáneas reacciones.

Porque hay a veces exceso de menudos pormenores, pintura innecesaria de detalles minúsculos que podrán ser valiosos al psiquiatra, pero que escasamente lo son para el artista. El poder que muestra el autor de *Las últimas horas* para contemplar y reflejar con fuerza está en ocasiones malversado, y este error, que proviene seguramente de una idea estética previa, hace que las vigorosas facultades de Suárez Carreño no hayan logrado sino parte de lo que pueden. El superrealismo valoró excesivamente las fuerzas inconscientes del hombre, los hechos psíquicos arracionales; y, por las trazas, Suárez Carreño conseguirá mayores frutos renovando, por ejemplo, con acento personal, el realismo de la picaresca española que cultivando la tendencia que le acerca deliberada o indeliberadamente a un Joyce.

Probablemente, ésta es la razón de que *Manolo* y *la Pelos*, el *Reniega*, el *Condenas*, *Nicolás*, el *Eduardo* y *toda la patulea* de ilustre abolengo literario tenga en general mayor relieve y vida más genuinamente humana que la otra golfería, la que

(1) OBRAS DE EDUARDO DE HINOJOSA. Tomo I. Estudios de Investigación. Con un estudio preliminar de Alfonso García Gallo, sobre «Hinojosa y su Obra».

(2) A. GÓMEZ LEDO: AMOR RUIBAL O LA SABIDURIA CON SENCILLEZ. Madrid, 1949.

(1) JOSÉ SUÁREZ CARREÑO: LAS ÚLTIMAS HORAS. Premio Eugenio Nadal, 1949. Ediciones Destino, S. L. Barcelona.